



VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 25 de junio: Reparar y consolar al Corazón de Jesús (II)

San Lucas nos describe el llanto de Jesús sobre Jerusalén. Ciudad que había sido objeto predilecto del amor de Dios, lugar de su presencia y de sus deseos de comunión con los hombres. Pero al mismo tiempo Jerusalén había sido testigo de cómo los enviados de Dios que anunciaban esta salvación y vida de alianza con Él, habían terminado ajusticiados. Éste es el resumen de la historia de la salvación que él mismo nos dejó en la parábola de los viñadores homicidas (Mt 21,33-46), que se va a completar con su inminente muerte en la cruz.

Cuanto mayor es la manifestación del amor de Dios, mayor es también el pecado del hombre que se cierra a su amor. Éste es el drama del Corazón de



Dios que describe también el evangelista San Juan: *la Palabra vino a los suyos y los suyos no la recibieron* (Jn 1,11).

De ahí que, el amigo del Corazón de Jesús que comprende -por la sintonía propia de la amistad- este dolor, desea acompañarle. Es el sentimiento normal ante el sufrimiento de nuestros seres queridos. Es la primera prueba de amor. La reparación es justamente esto, estar por amor junto a aquel que es abandonado por la frialdad del amor de los hombres; es vivir en su presencia acompañando, y al mismo tiempo, mostrarle afecto. En esta dirección apunta la consagración al Corazón de Jesús.

El evangelio nos muestra también la alegría del Corazón de Dios por recuperar a los que se alejan de Él por el pecado, bajo las parábolas de encontrar la oveja perdida o la moneda, o bien la fiesta por el hijo pródigo que vuelve a casa. Por eso, no podemos dudar de que nuestra oración, nuestro amor, son alegría para el Corazón de Dios.

Puesto que somos importantes para Dios, somos para Él alegría o tristeza. Nuestra vida puede ser



causa de fiesta o de lo contrario en el corazón de Dios. El capítulo 15 de Lucas donde están las tres parábolas de la misericordia insiste mucho en el “uno”: una oveja, una moneda, un hijo. El amor verdadero es personal, por eso, cada uno y por cada uno de los hombres, podemos y debemos acompañar al Señor: por las veces que no le hemos amado, y por los que viven lejos de su amor.

ACTO DE DESAGRAVIO DE PÍO XI

¡Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago, de los ingratos, más que olvido, negligencia y menosprecio! Vednos postrados ante vuestro altar, para reparar, con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas recordando que también nosotros alguna vez nos manchamos con tal indignidad de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar, con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino



también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguirnos como a Pastor y Guía, o, conculcando las promesas del Bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al Orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del amor y, en fin, los públicos pecados de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por vos fundada.

¡Ojalá que nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas, entretanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen vuestra Madre, de los Santos y de las almas buenas, os ofrecemos la



satisfacción que vos mismo ofrecisteis un día sobre la cruz al Eterno Padre y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible y mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la firmeza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la caridad, mientras nos esforzamos además por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús! Por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación; concedednos que seamos fieles a vuestros mandatos y a vuestro servicio hasta la muerte y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual lleguemos felizmente a la gloria, donde, en unión del Padre y del Espíritu Santo, vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.